

## ***La responsabilidad de los científicos sociales en la actual situación del país.***<sup>1</sup>

DE ROUX, S.J., Francisco.

Es significativo que la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Javeriana invite a la lectio brevis, la lectura breve inaugural del semestre, a alguien que hace ya tres años no lee materia alguna en las aulas académicas.

Ustedes van a oír una palabra desde la vida cotidiana del Magdalena Medio. Pensada en las chalupas del río, en caminos veredales, espejos de agua y sabanas ardientes. En horas de conversaciones inciertas con guerrilleros nerviosos y paramilitares intransigentes.

Esta reflexión tiene tres partes, que considero indispensables en las disciplinas sociales y que no son ajenas a ninguno de los profesores y alumnos de sociología e historia, antropología y literatura aquí presentes. Esas partes son: la experiencia de la gente, la reflexión para comprender a la gente y la puesta en práctica de las decisiones que se toman con la gente.

### *En primer lugar, la experiencia de la gente*

Nadie va a discutir que la materia de la sociología, la historia, la antropología y la literatura es la gente. Nunca habría que parafrasear un libro de crónicas históricas o un texto literario aplicándole el título del acertado libro del economista Shumpeter: Un estudio de la economía como si la gente importara. Porque en historia y literatura, en sociología y antropología lo único que importa es la gente.

La gente, por supuesto, no está en los libros, ni en la pantalla de televisión, ni en las cátedras sobre los seres humanos. La gente está allí en el dolor espantoso de los azotados de Río Viejo, que en abril del año pasado fueron acostados, todo el pueblo, en la calle encementada que va de la iglesia bicentenaria asomada sobre el brazo fluvial de Mosquera hasta el colegio de secundaria en la espalda que mira a la selva; la gente está en los cortejos fúnebres de Claudia, la sobrina de nuestra cocinera que mataron por amar a un policía (en un conflicto donde la mujer no tiene derecho a escoger a quien da sus afectos); en el entierro de Betty, asesinada hace tres semanas en el Bajo Simacota en medio de reuniones con campesinos, del soldado Solano cuyo sepelio fue en la soledad de un templo de Landázuri, porque nadie quiso ser señalado por asistir a las honras fúnebres de un militar profesional; la gente, llora, junto a los 27 ataúdes vacíos de Barrancabermeja, donde pegan una foto del difunto de cada cajón, la foto de un cadáver posible que no se sabe dónde está incinerado. La gente son los pobladores de Santa Rosa del sur remontando doscientos kilómetros de carretera en la montaña para pedir a la insurgencia respeto a su autonomía de sociedad civil para elegir mandatarios propios y manejar su economía. La gente son jóvenes que danzan la noche entera al ritmo de tambora en las playas de Arenal y Regidor; la gente son los guerrilleros de la cuenca del Cimitarra que cuidan de las hembras del bocachico y del bagres cuando bajan cargadas a deshojar en las

---

<sup>1</sup> Lección inaugural de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Javeriana en el segundo periodo académico de 1998. Bogotá: Agosto 8 de 1998.

lagunas, para que nadie las pesque porque nunca nacerían los peces que ustedes se van a comer. La gente son los adolescentes raspachines de coca que en la plaza de Monterrey se juntan el domingo para derrochar entre muchachas y brindis las mesadas cogidas en la ansiedad del cultivo riesgoso. La gente son los mineros de San Pedro Frío que hace 15 días amanecen en el andén duro e inhóspito de la Embajada de los Estados Unidos. La gente son las familias de los soldados del Guaviare, son los pobladores que se quedaron sin techo en el combate de las calles de La Uribe.

La gente no es lo que yo les estoy contando sobre ella. Lo que se dice de la gente nos impide no pocas veces conocer lo que las personas son. Lo que se dice o se escribe sobre las personas crea en nosotros estereotipos y distancias que nos dificultan llegar en desprejuicio y conocer sin prejuicios. Lo que se dice en las cátedras y los textos y los periódicos no les da a ustedes, académicos de las disciplinas sociales, ninguna base para decir nada. Para comentar nada serio y propio todavía. Lo que ustedes han oído o leído de los demás es sólo un dato para empezar a preguntarse. Un dato importante que sirve de punto de partida para preguntar por la gente, pero sólo un dato, porque la gente está en otra parte. Vayan y vivan esa realidad, vayan y vean, vayan y sufran y rían y celebren y teman, y acierten y equivoquense con la gente. Entonces les saldrá una palabra propia, fuerte, apasionada, una palabra que se le sobrecogerá a ustedes mismos. Entonces no habrá más en las clases preguntas artificiales, pulidas por ustedes o tomadas de otros. La vida misma de ustedes se convertirá en una pregunta. Y ustedes experimentarán una credibilidad y una legitimidad en su palabra que ustedes mismos no entenderán de dónde procede.

Posiblemente, en busca de esa legitimidad auténtica de la palabra en medio de una crisis social que no resiste especulaciones formales, algunos entre nosotros tomaron el camino de la gente en el trasegar doloroso de las guerras, la violencia, las exclusiones y la vida celebrada en la incertidumbre del mañana. Posiblemente lo hicieron porque uno tiene que llegar a amar a las personas de rostro y nombre propio con quienes hace la búsqueda porque da la experiencia que solamente en el amor se aprende a hablar cara a cara la verdad en transparencia. Quizás los seres humanos tienen que pasar por el enamoramiento para aprenderlo. Porque ante el ser que uno ama no queda de otra, o hablas la verdad o la relación desde lo hondo del alma se desfonda.

Cuando no hay esta experiencia cotidiana de la gente uno no conoce Urabá, ni el Magdalena Medio, ni el Guaviare. Uno ha oído de esos mundos. Uno ha visto la ficción de los noticieros. Uno sabe que el discurso que corre es virtual, artificioso, engañoso. Y uno hace libros y da conferencias que arman hipótesis y llegan a juicios sobre esas imágenes montadas que justamente se interponen entre uno y la gente.

Esa es la experiencia de la gente. Una experiencia sólida y apasionante, incierta y en las circunstancias nuestras peligrosa. Una experiencia de la vida vivida hasta el último sorbo de la celebración y del amor y de la acción, porque la gente de aquí, la que no puede escapar del país real hacia vacaciones en Miami o playas privadas vive en el límite. Sabe de hoy y nada sabe ni espera del mañana. Porque nadie le asegura al campesino de la vereda ametrallada de San Pedro en Landázuri que podrá volver a sus cacaotales. Nadie apuesta por un día más de las familias del barrio La Esperanza que escriben a los guerrilleros: «o se van ustedes o les vendemos y nos vamos nosotros» porque la tensión en las calles de su propio vecindario ha saltado los parámetros de lo resistible.

El primer mensaje de esta lectura inaugural es advertir que no se puede sustituir la experiencia de la presencia, del rostro, de los ojos, de la voz, de la angustia sentida y la incertidumbre compartida, de la pobreza y la guerra cosufridas, y de la concelebración de la fiesta de la existencia con quienes no saben si tendrán en el próximo amanecer la oportunidad de otras horas. Eso no puede sustituirse por seminarios y conferencias y asambleas y libros sobre la paz o los desplazados o la ética pública que multiplicamos una y cien veces en un angustioso y dramático discurso que no se atreve a salir de sí mismo. Que habla sobre la paz sin intentarla al lado de los protagonistas de la guerra. Y especula sobre la pobreza del campesino sin compartir la soledad de su terror y la poesía de sus guabinas que cantan el regalo de la ternura como sorpresa inesperada en noches sin respuestas de nadie.

En las dolorosas circunstancias de Colombia que vive ante el abismo, sólo el amor compartido con las mujeres y los hombres concretos, los niños y ancianos, los campesinos e indígenas, los habitantes de los barrios populares, y todos los que no tienen conexiones ni dinero para refugiarse en la aparente ilusión de un país que sólo existe en las zonas rosas, los clubes sociales y los cocteles, nos puede poner en el camino irreversible del éxodo hacia el sueño de un futuro tranquilo y digno para todos.

*En segundo lugar, la reflexión para comprender a la gente.*

En el horizonte epistemológico de las disciplinas sociales la hipótesis pertinente, la reflexión que viene al caso, tiene una importancia magistral porque se pueden dar muchas explicaciones, se pueden hacer muchos discursos, pero importan sólo los que hablan a una realidad concreta, y la hacen comprensible para sus actores. Lo que no es pertinente no debe decirse aunque sea elegante, riguroso o de alguna manera científico. En nuestras disciplinas sociales, que tratan del mundo de sentido que construimos mujeres y hombres, la verdad se identifica con lo pertinente.

El pensamiento pertinente es el que dice algo serio a la gente porque ha surgido como explicación y como sentido construido con ellos y ellas. El que ha llegado a conceptos recogido de parcelas y ranchos para definir por ejemplo de qué estamos hablando cuando hablamos de finca campesina, o de Unidad Agraria familiar en el Magdalena Medio, de manera que toquemos un referente comprensible y clarificador para una cualquiera de las 48.000 fincas de labriegos pobres de ese territorio. El que delimita con un sentido compartido el significado que damos a la vía terciaria entre veredas, esta es la trocha donde se avanza a 12 kilómetros por hora, que en el invierno se vuelve lodazar y en el verano una nube de polvo. El que describe con precisión al minero de San Pedro Frío, aventurero enterrado en los huecos profundos de su ansioso cavar, entre 25.000 buscadores de futuro, en la ladera de la serranía de San Lucas, la mina de oro más grande de América. El pensamiento pertinente es el que explica la ansiedad de los 15.000 pescadores ante la desaparición de las ciénagas, porque puede explicitar la dinámica perversa que cortó los árboles para vender la madera, o abrir potreros a la ganadería extensiva, arrasó 2 millones de hectáreas de selva virgen en veinte años en el Carare y el Opón, la cuenca del Cimitarra y las laderas de los Yariguéz, mientras la lluvia tenaz del bosque húmedo tropical siguió cayendo, arrasó los suelos y fue sedimentando los espejos de agua. Es el pensamiento de la discusión directa con los actores reales de la guerra: la que cuesta 15.000 mil millones de pesos al mes. Es el pensamiento que surge en la puesta en evidencia de las dinámicas perversas que hunden a la gente en la pobreza. En el vacío de estado. En las violencias. Que lanza hipótesis exploratorias, humildes, en aprendizaje, para que entre todos se corrijan, se aclaren, se debatan, en un conversatorio en

igualdad donde los títulos y el dinero y el poder no quitan ni ponen nada a la fuerza de los argumentos pertinentes. En el riesgo de ser visto como un enemigo entre la sospecha de paramilitares, guerrilleros, ganaderos y empresarios sólo por echar hipótesis interpretativas que luchan por ver una realidad que se le escapa a todos.

En ese terreno, con los mismos actores, se busca una explicación orgánica, global, ajena a las casualidades lineales que nada tienen que ver con la realidad vivida, inevitable, porque es radical y refiere siempre a los puntos que a todos importan, flexible para incorporar nuevos elementos que exijan replantear las interpretaciones y recomenzar las acciones, pero siempre responsable para poder decir en cada momento qué es lo que se alcanza a explicar, porqué se explica así, qué conclusiones sobre las cosas que importan se puede sacar de esa explicación, qué tareas hay que intentan. Y las conclusiones son sobre la guerra y la búsqueda de la convivencia, sobre la pobreza y su superación seria, de manera sostenible. Sobre la vida en resumen y sus condiciones.

Allí, en ese esfuerzo, debería estar una universidad pertinente. Consagrada a seleccionar con la gente los grandes problemas, y las variables básicas, orgánicas, oportunas, que los hacen comprensibles. Los grandes ejes de explicación, estructuralmente interconectados que llaman a una resignificación continua en una realidad cambiante: las raíces culturales, la lengua, la historia de los imaginarios, la economía, la construcción de capital social en un ir y venir interminable y controversial. Entre los pobladores que viven las cosas y las expresan en sus símbolos concretos y los hombres y mujeres de universidad que vienen a convivir esas mismas cosas y aportan instrumentos y métodos para avanzar en explicaciones pertinentes para la gente misma.

En ese esfuerzo teórico colectivo no vale el argumento de autoridad. Las cosas no son ciertas porque las dijo el autor muy citado de un libro, o un profesor prestigioso, o porque las afirma el jefe militar o el obispo. Hay solamente hipótesis de trabajo sobre variables que se sostienen o no se sostienen ante hechos tozudos, variables que no se sacan de textos académicos ni conferencias. E hipótesis que plantean las relaciones entre esas variables que se explican unas con otras. Y relaciones que cambian la definición de las mismas variables y ductibilidad para abrirse siempre a escuchar y revisar y volver a explicar.

Y se requiere de buscadores, de investigadores sin ataduras y sin miedos. Independientes para decir lo que el análisis concluye una vez sopesada la evidencia. Aunque esa verdad duela a unos, ponga en peligro a quienes la afirman, angustie a los amigos que preferirían el silencio, contradiga las expectativas con resultados que no son amables y por eso no dan prensa, ni dinero, ni prestigio. Gente libre que sabe serenamente que sólo la transparencia ante la realidad construye.

En este esfuerzo teórico colectivo por entender y explicar, se requiere la fundamentación básica del literato, del historiador, del sociólogo, del antropólogo, fundamentación ganada por ustedes en años de disciplina. Pero se requiere igualmente la conciencia clara de que esta fundamentación es solamente una caja de herramientas. Y que este sersimo académico tiene que llegar un día, modestamente, con su maletín de instrumentos, a construir con otros, para poder ponerse las preguntas significativas y poder llegar con la gente a hipótesis pertinentes. Él solo, con su maletín de esquemas, sus títulos y sus publicaciones, no hace falta.

Hoy la universidad tiene hombres y mujeres que piensan así, puede presentar ejemplos de actividades de extensión que reflejan un espíritu. Pero el eje mismo de la universidad está en otra parte. Lo que le es pertinente al corazón de la universidad no viene al caso en la mayor parte de los episodios del doloroso desierto que atraviesa el pueblo de Colombia. La dinámica central de la universidad está enajenada en el mirarse a sí mismo de los académicos y en el estilo light de la mayoría de los estudiantes de las cuatro universidades que en Bogotá otorgan altos niveles de status con sus títulos. Por eso la estudiante de medicina en el río Carare decía que en tres meses de pasantía había descubierto al país que los profesores, los libros, su familia y el ambiente de la universidad nunca le dejó ver. Perdida como estaba en ese mundo virtual de conversaciones sobre la moda con que se llega vestida a las clases, de las marcas del carro en que se anda y las referencias a las personas con quienes se pasó el coctel o se salió en la cita de anoche. Un mundo ajeno a la vida del pueblo campesino, a la conversación sobre el cacao y la escoba de bruja que lo ataca, sobre las siete especies de yuca, sobre los ordeños de tres de la mañana para caminar dos horas hasta la carretera por donde pasa el camión recolector y vender la leche de la finca por los tres mil pesos que serán todo el dinero disponible de cada día.

La academia nuestra es una productora fértil de impertinencias. Colombia es el país de América Latina que produce más libros y hace más congresos sobre la violencia y la guerra desde hace diez años. Y sigue siendo el más violento de todos. Con su ritmo de casi treinta mil homicidios anuales. Como muestra evidente de una reflexión que no lleva a ninguna parte. Incapaz de salir de sí misma. Dedicada a conversar sobre interpretaciones y planteamientos que sirven solamente para mantener a los que publican libros y dan con ellos conferencias. Discursos de disciplinas sociales o como se dice, de ciencias sociales, que no vienen al caso.

*En tercer lugar, la decisión con la gente para poner en práctica la construcción social*

Nuestro caminar con la gente no termina en la experiencia del dolor y de la fiesta. Caminamos con el pueblo y nos involucramos con él para entender su realidad y poder explicar las razones de sus angustias y de sus esperanzas. Nos dotamos de los instrumentos académicos para, a partir de la experiencia llegar a formular, con los sujetos sociales protagonistas, hipótesis pertinentes, y alcanzar conclusiones que valgan por sí mismas, y no por la persona que las formulan, hipótesis que se poseionan porque con pesada evidencia explican lo que ocurre en la región y nos permiten afirmar cuáles son las dinámicas que llevan a la pobreza, a la guerra o la destrucción del medio ambiente, y cuáles las que están empujando al desarrollo humano sostenible, a la convivencia y a la construcción de un hogar común.

Sin embargo la disciplina del investigador social no termina allí. El conocimiento de la realidad social es un conocimiento que llama la responsabilidad: si así son las cosas ¿qué tenemos que hacer para mejorarlas? Si el conocimiento alcanzado por la conjunción de la experiencia con la gente y los instrumentos teóricos de la academia nos ha mostrado las razones de la violencia y de la injusticia, y nos ha mostrado las alternativas posibles que conducen a la equidad, a la participación y a la convivencia, nuestra tarea tiene que pasar a poner en práctica esas alternativas. Solamente podemos hablar de que estamos haciendo antropología, o sociología cuando saltamos de los libros a la cátedra a decisiones que hagan realidad las alternativas formuladas, quizás para volver un día a retomar en la cátedra y en la escritura lo que el esfuerzo por realizar lo que vimos como necesario.

Este paso a la práctica es indispensable, primero porque en las disciplinas sociales el proceso de construcción de la realidad humana exige que intervengamos en la sociedad con las conclusiones alcanzadas teóricamente, de lo contrario el mismo proceso de investigación y de conocimiento se aborta. Ese paso a la acción va a revelar las limitaciones de nuestros análisis y también su riqueza. Va a probar el valor cuantitativo y cualitativo de nuestras expectativas. Y solamente desde allí, desde los resultados o los errores realizados nos será posible reinterpretar, ajustar, afinar, dejar caer lo inconducente, negociar, evaluar costos, decantar lo definitivamente pertinente, avanzar.

Segundo porque la gente con quienes hemos compartido la experiencia, gente que anhela soluciones y salidas, no creará en nuestro compromiso ni en nuestros conocimientos si no pasamos a la práctica. Nuestra palabra y nuestro afecto tienen que mostrarse en hechos para que sean creíbles. La credibilidad es parte sustancial de la efectividad en las disciplinas sociales, cuando se está en un mundo atravesado por la desconfianza y cargado de ilusiones fallidas levantadas por visitantes externos o promesas incumplidas del Estado.

Este paso a la práctica es propio de toda la ciencia moderna y posmoderna y vale igual para las ciencias de la salud, las básicas o las sociales. Es un paso inmensamente complejo en las disciplinas sociales porque involucra la gestión de las acciones, las alianzas institucionales para hacerlas sostenibles, la negociación política para hacer viable la alternativa propuesta, la factibilidad técnica, y, sobre todo, la vinculación profunda con la tradición de los pueblos, con su historia y sus imaginarios colectivos, para que la gente se sienta interpelada por un proceso que le es propio, que les toca el alma.

En toda esta complejidad cabe resaltar un aspecto básico. La determinación de pasar a la práctica. O llamémoslo mejor, la responsabilidad de tomar decisiones y ejecutar.

Nosotros podemos ver, en el camino con la gente, qué es lo que tenemos que hacer para lograr la paz o superar la violencia. Nosotros podemos llegar a formular todos los pasos iniciales, intermedios y finales de este proceso. Y nosotros podemos quedarnos allí, sin pasar a la práctica. Podemos ser brillantes académicos, comprometidos con la gente, hasta formular las alternativas y nunca involucrarnos en serio en hacer las cosas. En ese momento podemos escribir un libro sobre las alternativas posibles, empezar a dar talleres para que otros hagan las cosas, realizar un seminario nacional o internacional que aumente nuestro prestigio académico por formulaciones novedosas, criticar a los que actúan, pero nunca involucrarnos nosotros mismos en la acción. Y sobre todo no hacerlo cuando es una acción peligrosa, sospechosa, innecesaria para la carrera académica. Esa incapacidad de pasar a la acción no solamente frustra el proceso de conocimiento y priva a las disciplinas sociales de la capacidad de dirección del sentido en una sociedad, sino que es una grave falla de responsabilidad y una frustración en el proceso de crecimiento personal y social.

Efectivamente el desarrollo de una sociedad de hombres y mujeres libres, de las personas y de los grupos, es un proceso de crecer en autenticidad mediante la repetición de actos de decisión libres, en que, se lleva a la práctica lo que se evidencia en la investigación que debemos hacer para cambiar las dinámicas generadoras de pobreza y violencia y corrupción y exclusión y para desatar procesos de equidad y convivencia y creación de instituciones democráticas controladas por un sentido claro del bien común desde la veeduría ciudadana.

Pero el paso a poner en práctica no se sigue como una necesidad de la reflexión académica. Así como cada uno de nosotros, en su soledad, sabe qué es lo que debe hacer y muchas veces no lo hace. Y al no hacerlo frustra el crecimiento en libertad y carácter y deja de hacer el bien que se debe a sí mismo y a los demás. Así en la vida de las disciplinas sociales podemos dejar de hacer lo que sabemos que deberíamos poner a andar, y podemos trivializar el sentido de las disciplinas sociales, privarlas de envergadura y circunscribir su impacto a un discurso tan erudito como inoportuno.

Porque el paso de lo que vemos como la solución mejor, surgida del análisis riguroso, a la decisión que pone en práctica esa solución, es una opción libre. Ese paso no depende de que la alternativa sea muy brillante y académicamente impecable. Ese paso depende de una decisión que tiene que hacer cada persona y que tiene que hacer una universidad. Es un asunto de carácter, de responsabilidad, de coraje y también de solidaridad seria con la gente.

Y en la medida en que se lleva a la práctica lo que se siente como un deber con la vida propia y con la vida del pueblo, se crece en consistencia y libertad, para que la universidad y sus profesores y alumnos puedan avanzar con determinación en el crecimiento social, y en su propio crecimiento personal. Y en la medida en que no se pasa a la acción, o en la medida en que las opciones contradicen lo que se ve con claridad, en esa misma medida, se apartan todos, como personas y como institución, de la libertad, de la autenticidad, de la posibilidad de transformar la realidad. Del coraje acrecentado para superar las dificultades y asumir los riesgos.

Quiero por eso decir que hay que pasar a la práctica. Que se trata de llevar a la práctica lo que intelectualmente y racionalmente se ve como una obviedad para que la sociedad sea viable, para que este país nuestro no se acabe. Que el paso a la práctica es un acto de libertad y de carácter que hace crecer en libertad y en carácter. Que resistirse a la práctica es frenar la calidad de la academia, frustrar a la gente, y renunciar a la libertad.

En este mundo del internet no hace falta poner el peso de la formación universitaria en dar la información, que toda está dada. En todas las carreras, pero sobre todo en las disciplinas sociales, hay que poner el peso en la formación de hombres y mujeres formados para enfrentar el desafío de una nación que hay que rehacer ya, en los terrenos mismos donde se está destruyendo en pedazos, universitarios que vean con lucidez qué es lo que deben hacer y no dudan de ponerlo en obras en un acto de consistencia consigo mismos y de autenticidad. Y esa formación la hace una academia que pone en práctica los caminos de justicia social y de lucha por la paz, al lado de la gente, en las duras circunstancias de Colombia.

No solamente estamos para compartir la experiencia del dolor y de la ilusión de la gente. No solamente estamos para explicar el porqué de la exclusión y de la guerra. No solamente estamos para esclarecer con inteligencia y afirmar con valor, cueste lo que costare, lo que se evidencia como inobjetable. Estamos para decidir qué vamos a hacer con nosotros mismos, qué vamos a hacer junto con la gente con quienes vamos en el camino, qué vamos a hacer con este país para que pase de la destrucción de la vida a su dignificación, de la exclusión a la solidaridad, de los secuestros y las desapariciones y los desplazamientos a la tranquilidad de los hogares y la seguridad de las empresas para elevar la calidad de vida de todos.

Si lo aquí planteado tiene sentido, la primera decisión debería ser exigir que todos los estudiantes de la Javeriana pasaran un año entero en el terreno real de las comunidades

protagonistas y víctimas de la crisis de Colombia. Y que ese año fuera acompañado seriamente por profesores que orientan y enseñan desde la vida misma de la gente.

### *Conclusión*

La invitación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad a conversar sobre la frágil precariedad de los que trabajamos en ensayo y error en el Magdalena Medio compartiendo la vida de pescadores, obreros del petróleo, campesinos y palmeros; intentando hipótesis y llevando a la práctica lo que se ve como alternativa en medio de incertidumbre y miedos, en medio de errores y aciertos, que reclaman ajustes continuos en el camino, ha sido una invitación estimulante y una muestra de que cosas como éstas, así sean precarias y frágiles, nos hacen sentido. Gracias por esta invitación. Gracias a los hombres y mujeres de la Javeriana, que siguen pensando en que la universidad debe amarrarse a Colombia en el momento tremendo que pasa este país.

Que la Javeriana apueste todo por Colombia es posible. Basta que haya un grupo, no necesariamente grande de personas resueltas, que comprendan que vale la pena jugarse la vida desde la seriedad de su vocación académica, desde las disciplinas sociales, para que la paz y la superación de la pobreza y la comunión con la naturaleza sean posibles entre nosotros. Personas que no tengan miedo. Personas que sin permiso de nadie se introduzcan en los interlocutores de la guerra. Que con libertad pongan en práctica lo que descubren con los demás en la búsqueda. Personas humildes para intentar y corregir y volver a comenzar. Que lleven a que la literatura se escriba en los cafetales y platanales del campesino desplazado, a que la antropología siga a las colonizaciones de aluvión y a las comunas populares, a que la historia recobre la gestación de poblaciones que quieren recuperar identidad para identificarse en la evolución del legado de los mayores, a que la sociología amarre en los sujetos sociales, en sus intereses, en sus condiciones, en sus prejuicios. En esas familias de parceleros de Micoahumado y Pozo Azul que razones tienen para haber cambiado hace ya 60 días la vega y la montaña para estar arrinconadas en el corredor de un colegio vacío de Barrancabermeja y mantener la decisión de quedarse allí los meses que sean necesarios. Familias campesinas que obran así, como nunca seríamos capaces de obrar nosotros que tenemos mucho que cuidar, porque son familias que ya no tienen nada que perder. Vasta con que haya en la universidad este grupo de personas que no van a parar hasta que la universidad pueda sentirse satisfecha de haber contribuido a desatar un proceso irrever-sible e imparabile para que la tranquilidad, y la dignidad, y el derecho a compartir la felicidad de una patria propia sea una realidad. Entonces será una realidad lo que ha buscado y sigue buscando desde siempre el misterio de fuerza espiritual que un día puso en marcha esta obra extraordinaria que es la Universidad Javeriana.

Preocupado por decir una palabra adecuada a un grupo de amigos académicos y estudiantes he tratado de comunicarles que las disciplinas sociales deben involucrarse en la experiencia de la gente, deben explicar esa experiencia desde los mismos procesos sociales, en su dolor, sus riesgos e incertidumbres, deben llegar a afirmar con seriedad lo que se prueba como pertinente y obvio, y deben tomar decisiones responsables para poner en práctica con la gente las alternativas técnicamente factibles y sociopolíticamente viables.

Si este mensaje resulta demasiado trivial o poco realizable queda decir más concreto que siempre es posible. Que ojalá la Facultad De Ciencias Sociales dé a todos los hombres y mujeres de la Universidad una pasión incontenible por la gente de Colombia. Si ustedes lo



logran los estudiantes y los profesores de la Javeriana harán el resto. Como ocurre con los pueblos que están junto al mar. Para que la gente se lance a atravesar el océano el método no está en construir una bodega donde quepan miles de libros sobre la técnica de hacer barcos e invitar a cientos de conferencistas para que especulen sobre las condiciones de posibilidad de una empresa en el océano. El método está en desarrollar en los pobladores una pasión incontenible por el mar y ellos inventarán las naves. El método está en que la Javeriana desarrolle en sus hombres y mujeres un amor descomunal, desinteresado, libre y valiente por el pueblo concreto, víctima y protagonista del drama de Colombia. Si una pasión así se apodera de los jóvenes de aquí, ellos harán el resto.